

EL  
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO

SUMARIO.

*Hija, esposa y madre*, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La luna tras los cipreses*, balada, por D. J. M. Marin.—*Algunos rasgos de la época actual*, (conclusion) por doña Enriqueta Madoz de A.—*La caridad*, soneto, por D. Lorenzo Campano.—*La pobreza vergonzante*, (conclusion) por don D. Fernandez Arrea.—*Pedro y Camila*, por Alfredo Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del grabado de modas*, por Pamela.

Con este número se reparte un grabado de modas y el pliego noveno de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

(Continuacion).

II.

JUAN BAUTISTA Á LUCIANO.

C.... mayo de 18...

He recibido, mi querido amigo, tu carta, en la que me invitas á que vaya á pasar contigo algun tiempo en esa hermosa villa de Epila, que tantas veces ha comparado delante de mí tu tío el cura á un canastillo de flores: yo lo haria de buena gana, y hace ocho meses hubiera partido al instante para abrazarte: hoy me es imposible de todo punto, por mas que me sea tambien muy sensible.

¿Qué motivos me lo impiden? permite que uno de ellos te lo calle por ahora; muchos mas tengo, que puedo decirte.

No puedo dejar á mis hijos solos con mi mujer: Mélida sigue siendo una criatura débil, y á los veinte y cinco años, es tan niña como lo era á los diez y seis, que fué cuando yo me casé con ella.

Educa á mis hijos—en cuanto está en su

mano—con una blandura que no les hace ningun bien, y que á mí, lo confieso, me irrita mucho: así es que á ella la adoran, y cuando yo llego á casa, ó salgo de mi escritorio, se ponen á temblar.

Felicia, la mayor, creo que hasta me aborrece: jamás se separa del lado de su madre, y si alza hasta mí los ojos, es con visible temor: no le inspiro á su hermano mayor simpatía, y solo Carlos, el menor, es el que me profesa alguna inclinacion.

El disgusto que esto me produce, y la monotonia que presta á mi casa la índole inalterable y fría de Mélida, creo que han agriado algun tanto mi carácter: ya no soy aquel muchacho apacible y dócil, que no se separaba ni un instante del lado de su mujer: el trabajo incesante, las noches pasadas en vela sobre mi bufete, estudiando causas criminales, ó escribiendo libros profundos, los ataques de mis enemigos, todo esto me ha cambiado de una manera radical y completa.

Mis ilusiones han huido como una bandada de tímidas palomas, y veo la vida amarga desde que conozco la pequeñez y la infamia de la humanidad.

Sí, Luciano: mi blanco ropaje de inocencia se ha desgarrado en los zarzales del camino! mi cabeza está llena de sueños ambiciosos, y todo mi placer consiste hoy en humillar á mis semejantes, y en triunfar á sus ojos.



Mi mujer es la que ha disipado el bien estar que me rodeaba, y la que me hizo ver la luz fúnebre de la ambición: ella me animó al estudio: á los veinte y un años, era yo inocente y dócil, y me lancé con ansia hacia un porvenir que me hiciera merecerla; pero ¡cuán peligrosa es la senda del talento! yo puedo llamar á este un castigo del cielo, pues te aseguro que era mucho mas dichoso cuando todo lo ignoraba.

Solo recorro ahora el camino de la vida: la débil criatura, que el destino, y tambien mi amor, han colocado á mi lado, será una santa, pero no es la esforzada y brillante compañera que me conviene, y que yo desearia: pálida y triste, vive á mi lado, sin que se queje jamás, pero protestando con su silencio contra todas mis impacencias, contra la cólera que á veces me domina: sale muy poco, y vive dedicada absolutamente al cuidado de sus hijos: con ellos va á la iglesia, y á dar algun paseo solitario: nunca me pide nada, y su pension de alfileres le basta para sus gastos y para dar limosnas.

Mélida escribe, pero no cartas, porque su correspondencia es muy reducida: escribe muchas hojas de papel, sobre todo por la noche y despues de haber acostado á los niños: ¿qué escribirá? nunca se lo he preguntado, ni me lo ha dicho; pero no me gusta que las mujeres escriban: creo que la mujer ha nacido solo para los cuidados del hogar, y que no debe desear otra mision.

Paso el dia en mi despacho y recibiendo á mis clientes: las noches en el teatro, en el que tengo una butaca abonada: y los viernes voy á casa de la baronesa de Castellan, que recibe á las primeras personas de la ciudad, y cuya tertulia, aunque reducida, es muy agradable por el trato encantador de la baronesa.

Nunca he visto una mujer de belleza mas picante y tan llena de atractivos.

Apenas llega á los veinte y ocho años, y ya hace tres que está viuda, viviendo acompañada solamente de una hermana suya, diez años mas jóven, y tambien muy bonita y muy espiritual.

En aquella casa, olvido la monástica tranquilidad de la mia: allí todo es animacion, lujo, poesia: la baronesa es alegre, y su talento se halla dotado de una valentia y hasta de una mordacidad que la hace temible para enemiga, y para amiga adorable.

Te hago, Luciano, la misma súplica que tú á mí: vénte por algunos dias á mi lado para ver

si te enlazas aquí con los vínculos del matrimonio, pues ya tienes cerca de treinta años.

JUAN BAUTISTA.

(Se continuará.)

**María del Pilar Sinués de Marco.**

## LA LUNA TRAS LOS CIPRESES.

BALADA.

Con su manto de azul y pedrería  
Tendido sin rumor,  
Adelantaba inspiradora noche  
Vertiendo paz y amor.

Inmóviles, en sombra, cual gigantes  
Parados á escuchar,  
Un grupo de cipreses silenciosos  
Vl, lejos, al vagar.

A poco engalanó la blanca luna,  
Hermosa como el bien,  
Con coronas de luz á los cipreses  
La verdinegra sien!...

Entonces tras sus troncos apiñados  
Algo puro cruzó!...  
¿Era un fantasma, juego de la luna,  
O tu sombra pasó?

J. M. Marín.

## ALGUNOS RASGOS

### DE LA ÉPOCA ACTUAL.

(Conclusion.)

Pero lo que va dicho ne es todo aun. Los donativos particulares, unos ignorados otros conocidos del público, son tantos que seria interminable la narracion de ellos.

Apenas el mal comenzó á tomar proporciones, viéronse sin cesar acudir al municipio facultativos brindándose á asistir á los pobres sin recibir honorarios, farmacéuticos prometiendo gratis cuantos remedios necesitasen: viéronse dueños de casas dispuestos á dispensar los al-



quileres de ellas á los inquilinos menesterosos, fabricantes ofreciéndose á subvenir á todas las necesidades de las familias que viven á la sombra de su industria, vióse, en fin, en todos el desprendimiento, la piedad en su mas alto grado, piedad no desmentida aun; y los empleados, los médicos, los celosos párrocos, los individuos de las juntas de beneficencia, y los vecinos todos, parecieron como impulsados por una sola idea: ser útiles á sus semejantes, asistir y aliviar á sus hermanos enfermos, rivalizando entre sí en el cumplimiento de tan sagrados propósitos.

¡Noble, bendita emulacion que tantos beneficios dá por fruto! Gracias á ella, los tristes proletarios, que caen enfermos, se ven cuidados con el mayor esmero y ven llegar á sus mansiones los sanos alimentos, el abrigo y las comodidades de que disfrutaban las clases mejor acomodadas. Ya las amantes madres no sufrirán el dolor de contemplar á sus tiernos hijos en continuo peligro por falta de medios, ni temerán los hijos que el hambre y la desnudez abran la puerta á la terrible plaga para arrebatárselos á sus ancianos predecesores; y si á pesar de esto el mal los hiere, tendrán al menos el consuelo de saber que no será por falta de recursos, ni de los cuidados y delicada asistencia que las circunstancias reclaman.

¡Qué gloria para el pueblo que tal triunfo consigne!

La que traza estas líneas escribió no há muchos dias que la caridad habia cedido su puesto á la beneficencia, que los dones que reparte lo hace por orgullo ó cálculo; hoy cree haber visto llegar radiante de belleza á ocupar su solio á la dulce, á la humilde, á la santa caridad cristiana, inflamando con su aliento los corazones que parecían mas tibios, cubriendo á los necesitados bajo su manto; bajo su manto que es hoy el fuerte y misterioso escudo que rechaza las emponzoñadas flechas del monstruo que atemoriza á Europa.

Y no es tan solo en la perla del Bétis dónde la santa caridad se muestra en toda su grandeza: iguales rasgos de generosidad, de abnegacion y de heroísmo publican sin cesar los periódicos, de casi todos los pueblos dónde por desgracia se ha presentado el horrible viajero asiático: iguales rasgos comienzan ya á admirarse en la coronada villa (1), y creemos se admirarán mas aun

(1) Cuando la autora escribía estas líneas, no habia empezado todavía á desarrollarse en Madrid la epidemia que nos

si el mal, que tan amenazador se presenta en ella, llega á tomar mayores proporciones.

Los que declaman contra nuestro siglo deben fijar un momento sus ojos en esta nacion, y verán brillar en todo su esplendor los sublimes sentimientos que mas pueden enaltecer á la sociedad mas virtuosa, y asimismo á la que hiciera gala de mas ilustracion. Pudiera decirse, que en este privilegiado suelo habia hoy cátedras dónde se enseña la moral mas pura, si no con escogidas frases, si no con estudiados y floridos discursos, con el ejemplo, con esa elocuencia mas sencilla, pero mas enérgica, mas conmovedora que otra alguna.

En efecto, ¿qué leccion de filantropia presentaria mejor el amor al prójimo, que los hechos magnánimos de las autoridades y del pueblo de Valencia y Barcelona, tan combatidos ántes que todos por la cruel epidemia, y la generosidad, la abnegacion que se admiran en Sevilla y en otras poblaciones? ¿Qué panegírico pudiera hacerse sobre la caridad, mas elocuente que el noble proceder del virtuoso prelado de Mallorca, y de otros dignos y cristianos sacerdotes?

¿Y qué diremos de las hermanas de caridad, de esas heroínas que se disputan entre sí los puestos de mas peligro en esta guerra temida en que ninguna gloria les alcanza mas que la satisfaccion de obrar bien, que infatigables practican las obras de misericordia sin esperar recompensa, y esponen sus vidas sin temor ninguno por el bien de sus hermanos?

¡Sublimes, santas criaturas! á falta de otros testimonios en nuestro siglo para defenderlo ante la posteridad de los cargos que se le hacen, solo vuestra existencia bastaria para acreditarlo de grande y piadoso! Si la historia de vuestros hechos, rompiendo la valla del silencio y la oscuridad que la envuelve, pasa á los futuros tiempos, no podrán menos de esclamar los que nos sucedan. «Indudablemente el siglo diez y nueve no fué tan malo como sus detractores lo pintan, puesto que mujeres tan fuertes, tan piadosas, tan santas, florecieron en él.» Asi vosotras que en vida sois ángeles protectores de la humanidad, seriais tambien en muerte ángeles que defenderian el buen nombre de aquellos

añige: la caridad ha venido despues á confirmar mas y mas sus palabras, y el vecindario de esta corte ha igualado, si no ha sobrepujado, al de Sevilla en rasgos heroicos y en sublimes sacrificios.

(Nota de la Redaccion.)



que sienten vuestros beneficios, y que llenos de admiración y respeto deben colmaros sin cesar de bendiciones.

Sevilla, 12 de Octubre de 1865.

Enriqueta Madoz de A.

## LA CARIDAD.

### SONETO (1).

Ardiendo en fuego divinal un día  
El glorioso Jesús, con noble pecho,  
—¡Alzate!—dice; y del sepulcro estrecho  
Lázaro deja la mansion umbria.

El corazón sensible de María,  
De gratitud en lágrimas deshecho,  
Celebra á Dios, pues del hogar al techo  
Vuelve la que perdió luz de alegría.

Fuente de paz, consoladora llama,  
Hija la caridad del cristianismo  
Obra portentos y salud derrama.

Con celo maternal hoy eso mismo  
En Madrid ejecuta: «¡Alzate!» esclama,  
Y vida y luz de amor brota el abismo.

Lorenzo Campano.

## LA POBREZA VERGONZANTE.

(Conclusion).

### II.

La mujer que mencionamos en el capítulo anterior, postrada por la enfermedad, se hallaba sin sábanas, envuelta en un mal cobertor de ana; las pálidas llamaradas de una agonizante lamparilla, proyectaban una luz temblona y melancólica en las abrumadas paredes de la estancia y en sus miserables muebles, que se componían de dos sillas muy estropeadas y un viejo gillón tapizado, de una mesa blanca de pino y de algunos útiles de cocina.

—Cuánto has tardado, Elvira! dijo la enferma on una voz que revelaba la debilidad del mori-

bundo; y como la jóven no respondiese, alargó la cabeza con ansiedad, dejándola colgar lánguidamente fuera de su lecho.

—¡Hija mia! ¿qué tienes, Elvira? exclamó: ¡ah! qué temblor, qué palidez..!

—No es mas que un poco de fatiga.

—Tú me engañas... y, sin embargo, despues de haber apurado el amargo cáliz del infortunio, creí que nada teníamos que temer. Nuestras lágrimas se han agotado.

—¡Sí, sí, la medida está llena! dijo Elvira con amargura. Tranquílcese V., pues, madre mia: lo peor que pudiera sucedernos seria el permanecer por mas tiempo en semejante situación... Pero ¿qué tal le ha ido á V. mientras mi ausencia?

—Bien, muy bien. Tú eres solo quien al presente me inquieta. ¡Oh! no te sonrias así... me haces daño... dime, dime pronto lo que te aflige. ¿Han insultado tu miseria? Habla: acaso tu madre encuentre todavía alguna palabra de consuelo para tí; ¡pobre hija mia!

—¡Ay! ¡me despreciaría V...! rechazaría á su hija, si supiese hasta qué punto ha tenido que rebajarse!

—Tú rebajarte! Tú...! No, tu alma noble, como el nombre que llevas, pura como mi conciencia, no se empañará con mancha alguna; y hasta mi última hora será digna de mi bendición la hija en la cual he concentrado todo mi orgullo en este mundo.

—¡Calle V., madre...! yo no merezco elogios, porque... ¿Será forzoso confesarlo? Su hija, de V. ¡ah! su hija ha alargado su mano suplicante... ha estado á punto de mendigar; pero el valor la ha abandonado.

Las mejillas lívidas de la enferma se cubrieron súbitamente de un vivo carmin: durante algunos minutos, parecia haber perdido el uso de la palabra; mas, reprimiendo por grados el sentimiento de que era triste víctima, sus ojos se fijaron tiernamente sobre su hija, cuya presencia revelaba la mas espantosa confusión; y atrayéndola por la mano hacía su palpitante seno,

—¡Oh! cuánto me amas! le dijo con voz apenas inteligible; porque estoy segura de ello... antes de pensar en implorar para tí la piedad de los pasajeros, hubieras sufrido todos los horrores de la miseria.

—Es decir que me ha perdonado V., si...

—Confiemos en que el cielo sabrá dispensarnos de semejante humillación, la interrumpió su madre con viveza; hasta el presente, el trabajo de nuestras manos habia sido bastante para

(1) Motivado por las actuales circunstancias.



alcanzarnos las subsistencia, y, sin esta cruel enfermedad...

—«Avergonzarse de la miseria seria un criminal orgullo,» me ha dicho la joven señora de la cual he despreciado el socorro; y, tal vez, para castigar mi culpable altanería, nos envió el Señor tan rudas pruebas.

La enferma no respondió: reclinó su cabeza sobre la almohada; y Elvira, creyendo que quería dormir, se entregó en silencio á tristes reflexiones.

Esta escena, sin embargo, había tenido un testigo: la marquesa acababa de oír, desde el dintel de la puerta, toda la conversacion entre madre é hija. Cuando Elvira salió de San Isidro, su desesperacion era demasiado notable para que la marquesa no se apercibiese de ella, y, comprendiendo que un exagerado pundonor era lo que le había impedido aceptar su limosna, despidió á su cochero y siguió á la desgraciada hasta la puerta de la pobre bohardilla.

Al siguiente día, la enferma se hallaba rodeada de cuantas comodidades reclamaba su triste situacion; tendida sobre muelles colchones, cubiertos por blanquísimos lienzo, encomendados los cuidados á una amable enfermera, sus miradas se dirigian á cada paso hácia su hija que, sentada á un lado de su cama, parecia tan sorprendida como su madre del súbito y benéfico cambio de que eran objeto. Desde este día, un médico visitaba todas las mañanas á la pobre madre de Elvira, seguido siempre de un criado que traía las provisiones y medicamentos necesarios. Pronto la enferma se halló en estado de dejar el lecho; y entonces fué cuando manifestó con calor su reconocimiento y gratitud al médico, creyendo que á él debía tantos y tan grandes beneficios.

—Se engaña V., señora, le dijo este: yo no he sido sino el encargado de cumplir las órdenes de una excelente dama que, por sí misma, hubiera prestado iguales auxilios, si motivos de delicadeza no se lo hubieran impedido.

—¡Ah! exclamó Elvira, adivinando cuál era la mano bienhechora: voy á abrazar las rodillas de la señora de V..., porque, si no fuese por ella, mi madre no existiría ya..!

Unos momentos despues, Elvira penetraba en la habitacion de la marquesa. Iba á arrojar-se á sus pies; pero su benéfica protectora la detuvo entre sus brazos.

—¡Pobrecilla! dijo para sí, despues de haberla estrechado cien veces con esa dulce efusion

que experimenta el que recibe una prueba de gratitud; ¡que no hubiera yo seguido los impulsos de mi corazón la primera vez que mis ojos se fijaron en ella! Habiérale ahorrado mil penas; y á mí un remordimiento que, de hoy mas, espero que me será saludable y satisfactorio.

### III.

Seis meses despues, las dos pobres, pero honradas mujeres, ocupaban una habitacion decente en la calle de Santiago. La madre de Elvira había contado su historia á la marquesa; historia que creemos deber pasar en silencio, porque solamente serviría para prolongar esta relacion sin añadirle gran interés. Basta saber que era viuda de un militar, muerto por su patria, y tenía derecho á una pension del gobierno, que no había podido alcanzar todavía. El esposo de su bienhechora, hombre de influencia en la corte, pudo logrársela. Desde entonces, madre é hija se vieron al abrigo de las horribles agonías y necesidades que hasta allí habían experimentado.

En cuanto á la marquesa, comprendió muy bien toda la dicha que se alcanza aliviando á la humanidad doliente para seguir confiando por mas tiempo á otras personas el cuidado de su caridad. Esta tarea, que siguió llenando con un celo siempre creciente, se la impuso con satisfaccion para lo sucesivo. Poco tuvo que agradecer al mundo, casi siempre ingrato ó desconocido; pero jamás se la ha oído quejarse de él, y sigue todos los días practicando con ciega fé inmensos beneficios por aquella máxima de: *haz bien aunque no sepas á quien.*

D. Fernandez Arrea.

## PEDRO Y CAMILA.

POR ALFREDO MUSSET.

El caballero de Arcis, oficial de caballería se había retirado del servicio en 1760. Aunque era joven todavía, y aunque su fortuna le permitía presentarse ventajosamente en la corte, se había cansado ya de la vida de soltero y de los placeres de París. Compró, pues, cerca de Mans una bonita casa de campo, y se instaló en ella: pero al cabo de poco tiempo, la soledad que había hallado al pronto agradable, se le hizo penosa: sentía que le era difícil romper de repente con los hábitos de su juventud. No se arrepentía de haberse retirado del mundo,



mas no pudiendo resolverse á vivir solo, tomó el partido de casarse, y de encontrar, si esto era posible, una mujer que compartiese su gusto por el reposo y por la vida sedentaria que estaba decidido á llevar. No deseaba que su esposa fuese bella, pero tampoco la queria fea: daba la preferencia á un exterior simpático y agradable y queria que tuviese instruccion é inteligencia con el menos ingenio posible: lo que deseaba, sobre todo, era que fuese de carácter alegre é igual, y esto lo miraba en una mujer como las primeras cualidades.

La hija de un negociante retirado, que habitaba en la vecindad, le agradó: como Mr. de Arcis no dependia de nadie, no reparó en la distancia que habia entre un caballero noble y la hija de un mercader: dirigió á la familia una peticion que fué acogida con apresuramiento: visitó la casa de su novia durante algunos meses y el matrimonio se verificó.

Jamás alianza alguna fué formada bajo mejores y mas dichosos auspicios: á medida que conocia mejor á su mujer, el caballero descubria en ella nuevas cualidades, y una dulzura de carácter inalterable: ella, por su parte, manifestaba hacia su marido un amor estremado: no vivia mas que para él, no soñaba mas que en complacerle, y muy lejos de echar de menos los placeres de su edad, que le habia sacrificado, deseaba que su existencia entera pasase en una soledad que de dia en dia le era mas querida.

Esta soledad no era, sin embargo, completa: algunos viajes á la ciudad, la visita periódica de algunos amigos prestaban variedad de tiempo en tiempo. El caballero no rehusaba el ver frecuentemente á los parientes de su mujer: de suerte que esta podia creer que no habia salido de la casa paterna: salia muchas veces de lado de su marido, para encontrarse de nuevo en los brazos de su madre y disfrutar así de un favor que la Providencia concede á muy pocos: por que es raro que una dicha nueva no destruya la antigua.

(Traduccion).

(Se continuará).

Maria del Pilar Sinués de Marco.

## REVISTA DE LA SEMANA.

El cólera se va. — Observaciones acerca del teatro del Príncipe.

La cosa marcha: el cólera se va *con viento fresco*. De algunos dias á esta parte he observado que todos los madrileños se han vuelto valientes en extremo. ¡Pero qué valientes! cual-

quiera diria que en su vida conocieron el miedo!

Despues de observar un poco este cambio, he dado con el origen de él, que no tiene, por cierto, grande novedad á mis ojos.

Cuando el cólera se *personificó* en la corte, todo el mundo se metió en casa; está probado que todo el mundo que se ha metido en casa ha sido atacado por el cólera. Los miedosos, que sin darse cuenta de lo que hacian, salieron de casa para ver lo que sucedia, y desde entonces disminuyeron los casos. Así que vieron alejarse al *huésped terrible* como se dice entre la gente de periódicos, respiraron y la echaron de brazos: de modo es que la obra que se atribuye á los médicos y á la ciencia, en realidad es de los mismos enfermos.

Así sucede siempre. Nosotros somos los responsables de todas nuestras acciones, los verdaderos reformadores de nuestras costumbres, los censores de nuestros vicios, y la gloria de nuestro triunfo sobre la materia discolorada y reacia, suele llevarse a aquel que fué simplemente el observador de sus semejantes.

Lo difícil consiste en saber observar las cosas.

Ojalá supiera yo, y ahora mismo diria mas de cuatro y mas de cinco acerca de lo que sucede en el teatro del Príncipe.

Pero temo equivocarme, y me limitaré á hacer presente esta sola observacion que puede valer por dos.

D. Julian Romea y D. José Valero me parecen la representacion del *antiguo régimen* aplicada á un teatro.

Fuerza es decirlo; el público de aquel coliseo esperaba ver en esta temporada muchas obras, *nuevas*: verdad es que ha visto muchas; pero *viejas*, y lo viejo está ya mandado recoger.

Se me dirá: esa es una salida de las que llamamos de pié de banco. Por ser *viejos* ¿son menos *artistas*?

Meditemos.

Si aquellos dos señores fueran jóvenes como lo es Zamora, como lo es Morales, como lo es el mismo Mariano Fernandez, tendrian ese entusiasmo, ese buen deseo, ese *fuego artístico*, digámoslo así, que arde en el pecho y hace latir todos los corazones en donde se abriga el génio que quiere conquistar para sí toda una época artística venidera; tendrian el noble estímulo que alienta á la lucha y que vence obstáculos; tendrian fé en el porvenir y noble ambicion de ser un dia *los primeros de los primeros*.



Mas para ellos todo esto pertenece ya á la historia. Su objeto está conseguido, su mision cumplida, colmados sus deseos, alcanzada por completo la victoria. Ellos han llegado, muy dignamente, eso sí, al último escalon, y en lugar de animar desde allí á las muchedumbres que pugnan por imitarles, sonrien como diciéndo: hasta aquí llegó; sálvese el que pueda.

Nadie dude de que en el teatro español hay muchos, muchísimos actores que pueden decir á los dos maestros la célebre frase: *anch'io sonno pittore*. ¿Por qué no se estrenan obras en el teatro del Príncipe? ¿Por qué, habiendo tales elementos para que esta sea una gran temporada cómica, parece mas que otra cosa una temporada de veraneo?

Pongamos un ejemplo:

Cada obra que entra por las puertas de aquel teatro, es una nave que va á hacer un viaje peligroso. El estrecho de la contaduría no ofrece peligro; la nave sigue sin obstáculos por el golfo del reparto, hábilmente dirigida por el autor, que confia en los elementos; pero llega al cabo del saloncillo... ya se vé tierra, ya está al fin de su viaje... y ¡oh, dolor! La nave se estrella en la roca de las querellas, y, por efecto del choque, dá de rechazo en la peña de Súllivan haciéndose allí pedazos ó sepultándose en las aguas del olvido.

No hace muchas noches que le dije yo á un escritor amigo mio, en el saloncillo del teatro: sobre esta puerta hay que colocar un cartel con estas palabras: *Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate*.

He aquí un bonito asunto para un cuadro que pueden estudiar los espositores del barracón de las Vallecas.

En primer término, muchos poetas, algunos muy laureados, presentando comedias á un empresario, que las recibe con muchísimo gusto y las enseña á dos actores muy graves. Los actores graves están en segundo término con las manos en los bolsillos; y en tercer término doscientos abonados cruzados de brazos. El arte, en último término, hace que se va y vuelve.

Desengáñese la empresa del coliseo del Príncipe: en el teatro, la revolucion se hace precisa, para la completa regeneracion del arte; y las revoluciones no las hacen los sexagenarios, sino los adolescentes. Eso que en pintura se llama Gisbert, ó Casado, ó Rosales; eso que en literatura se llama Ayala, ó Alarcon, ó Federico Baltart, eso que en música se llama Barbieri, ó Mo-

nasterio, en declamacion no puede llamarse ya Romea, no puede llamarse Valero. Ya es tarde; para algo somos jóvenes, para algo han adquirido Romea y Valero una gloria legítima, justa, merecida, pero que ya no es susceptible de aumento; por algo á la animosidad del joven, al entusiasmo del principiante, á la actividad de la edad florida, ha sucedido en aquellos dos grandes actores, la comodidad del anciano, los caprichos del enfermo, el mal humor de la edad avanzada.

Eusebio Blasco.

## ESPLICACION Y APLICACION DEL

GRABADO DE MODAS.

FIGURA 1.<sup>a</sup> Vestido de glasé color de lila, adornado por un volantito que guarnece el borde de la falda; cuerpo alto y redondo, y manga casi ajustada, sin mas adorno que un volantito en el borde inferior.

Paletot ENRIQUETA de faille—tela gruesa de seda—corto de talle y adornado por un capuchon formado por cuatro pequeños bieses atravesados por galones de seda sujetos con botoncitos.

Las costuras del paletot llevan bieses de glasé adornados de botoncitos. Las mangas, casi del todo ajustadas, llevan galones cruzados y sujetos por botones en la parte superior é inferior.

Sombrero tan pequeño que se compone solo de dos bullones de crespon rosa, que forman el ala; el forro interior es de glasé rosa; el fondo le forma una punta de guipure negro sobre el que se enrolla graciosamente un copete de plumas rosa; algunos cascabelillos de azabache dividen los dos bullones de crespon y caen hácia el fondo: bridas rosa.

Este traje es lindísimo para señora muy joven y para señorita, y muy á propósito para paseo ó para asistir al teatro á butacas.

FIG. 2.<sup>a</sup> Vestido de poplin de lana y seda gris con rayitas negras muy pequeñas de las llamadas Pekin, sin otro adorno que un cordon muy grueso en el borde de la falda: cuerpo redondo y mangas ajustadas con lazadas de cordon por hombreras.

Abrigo AFRICANA de paño fino color de ave-



llana; tres galones de seda, de un color mas subido que el abrigo, le guarnecen por delante y dan la vuelta por detrás formando cuello: cada una de estas cintas termina por delante en una bellota de pasamanería: cintas iguales forman la hombrera y la vuelta de la manga, que es casi ajustada, y figuran unos picos en las costuras de los costados y en la de la espalda que se hallan un poco abiertas en la parte inferior.

Sombrero de gró de París, azul azulina, bullonado: por dentro tul azul y hojas de terciopelo negro: bridas azules del mismo punto de color que el sombrero, y velo azul de gasa muy largo.

Este equipo es muy lindo para paseo ó para visitas de confianza y propio para una señorita.

FIG. 3.<sup>a</sup> Vestido de moaré verde-claro, de grandes aguas y falda lisa; confeccion LARA de terciopelo negro, holgada por detrás y por delante, y cortada de modo que forme bastante cola: una cadena, hecha de gruesos cordones de seda abrigada, adorna este abrigo en las costuras, en los bolsillos y en las mangas y forma capucha en la espalda, terminando en dos gruesas borlas.

Sombrero blanco de crespon bullonado y forrado interiormente de gros blanco; el adorno consiste en conchas de blonda y en lazadas de cinta estrecha blanca que cubren el peinado y caen flotantes por la espalda.

Recomendamos este precioso traje á las señoras muy jóvenes, para visitas de etiqueta y paseo en carruaje, añadiendo que es tambien muy á propósito por su gusto y riqueza para figurar entre las galas de una novia.

FIG. 4.<sup>a</sup> Vestido de moaré antique, color violeta-monseñor (matiz oscuro): el adorno de la falda consiste en una ancha tira de terciopelo negro recortada en la parte superior formando picos: sobre estos se cose un cordon de seda violeta.

Paletot MABLY corto y entallado de terciopelo negro, adornado al borde por un cordon de seda violeta: los bolsillos, las hombreras y las vueltas de las mangas están formados por patas de terciopelo, rodeadas de cordon violeta y abrochadas por botones violeta, adornados de azabache: botones iguales le cierran por delante: cuello recto y derecho, adornado en la pegadura con el mismo cordon.

Sombrero redondo, de fieltro gris, con ai-grete de plumas que sostiene un largo velo violeta.

Este elegante traje puede servir para las mismas personas y el mismo objeto que el anterior; pero aconsejamos sustituir el sombrero redondo con otro cerrado ó con un gracioso velo de Chantilly de dibujo muy menudo.

FIG. 5.<sup>a</sup>—Trage para señorita, compuesto de vestido de gros á rayas Pekin habana y negras, de falda y cuerpo enteramente lisos.

Abrigo Mac-Iaron de paño ó castor gris: su corte es el de una especie de talma, armada en cinco pliegues debajo de una esclavina recortada á ondas grandes: estas ondas están orilladas de terciopelo negro: la espalda y delanteros son de una sola pieza, y de estos salen unas mangas muy grandes, recortadas asimismo en ondas, orilladas de terciopelo: los contornos de las ondas se siguen además con una trencilla de seda, y en cada punta se coloca una florecita de pasamanería. Sombrero de terciopelo negro, adornado con encaje, y con un ramo de flores de terciopelo púrpura.

FIG. 6.<sup>a</sup>—Trage de glase gris, de dos faldas: la primera está adornada con una tira de pasamanería negra formando cuadros, y que termina en bellotas: la segunda se recoge en las costuras de los paños con dos presillas formadas por cuadros iguales.

Confeccion de terciopelo negro llamada GLADIADOR: este abrigo está ligeramente entallado por detrás y holgado por delante; por detrás forma cola, y un pico en cada costado, quedando por delante de la figura de un delantal redondo: toda esta confeccion, de gran gusto y riqueza, está adornada con medallones, cordones y borlas de pasamanería; las mangas ajustadas llevan el mismo ornamento.

Sombrero de terciopelo violeta adornado de copetes de plumas de este color y de blondas negra: bridas violeta.

Este trage es propio de señora, ya sea joven ya de alguna edad, y aun mejor para este último caso por los colores oscuros de que se compone, y el gran precio de su adorno: la riqueza unida á la sencillez, es lo mas á propósito para la edad madura, así como los equipos económicos forman uno de los mayores encantos de las jóvenes, y sobre todo de las hijas de familia.

Pamela.

*Por todo lo no firmado.*

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.